



La lengua gauchesca en sus orígenes

José Luis Moure
UBA
IIBICRIT / SECRI (CONICET)
Academia Argentina de Letras

Resumen

La llamada “lengua gauchesca” presenta serios inconvenientes cuando se pretende su definición. La dificultad estriba en que puede ponerse en discusión tanto su carácter de lengua diferenciada como su atribución al “gaucho”, en tanto este colectivo no es unívoco, sino responde a diferentes perfiles sociales, diversamente evaluados a lo largo de la historia colonial y poscolonial rioplatense. El presente trabajo intenta probar que la lengua gauchesca es un constructo literario, lingüísticamente basado en la variedad rural rioplatense, a partir de la cual los autores del género sintetizaron un nuevo código, elaborado desde un vocabulario inicial hasta la formación de una variedad secundaria estandarizada.

Palabras-clave: lengua gauchesca – literatura gauchesca

Abstract

The so called “gaucho” language lacks a precise definition. The main difficulty is due to the fact that its character as a differentiated language is so controversial as the meaning of the word “gaucho” itself, because the concept has referred to different social profiles, diversely evaluated along the history of the region of the River Plate in colonial and post-colonial times. This paper aims to prove that the gaucho language was a literary

Olivar N° 14 (2010), 33-47.



construction, though effectively based on the language spoken in that region, gave birth to a new code formerly restricted to lexical items but enlarged thereafter by selected phonetic, morphological and syntactic features to become a standardized secondary dialect.

Keywords: “gaucho” language – “gaucho” literature – gaucho

En algunos trabajos recientes nos adentramos, con algo más de entusiasmo y temeridad que de solvencia, en un territorio largamente recorrido por especialistas de diversa procedencia como lo es el de la denominada “lengua gauchesca”. Nos movía el propósito inicial de dar respuesta a algunas dudas personales, nacidas de cierta proclividad de filólogo a la antigua (imaginamos que para algunos la expresión resulta hoy pleonástica), a iluminar la naturaleza lingüística y textual de un corpus literario, en este caso relativamente bien conocido. Nos apresuramos a señalar que la dimensión identitaria que la gauchesca posee para la cultura argentina no facilitaba las cosas, en tanto nos obligaba a revisar algunas nociones firmemente establecidas; en segundo lugar, la proximidad cronológica de esa producción y la índole de su soporte lingüístico, si se la compara con los textos de los siglos XIV y XV a los que habíamos dedicado nuestras consideraciones mayoritarias, nos instalaba en un escenario de carácter esencialmente dialectal y más vivo, y por lo tanto más escurridizo para nuestro método usual de investigación.

Recientemente dimos fin a la edición, pretendidamente crítica, de *El detall de la acción de Maipú*, un sainete rioplatense anónimo, muy probablemente compuesto en 1818, el mismo año en que tuvo lugar la batalla homónima, que con la anterior de Chacabuco y la posterior de Ayacucho, habría de clausurar la gesta bélica de la independencia política de América. Esa pequeña pieza dramática conforma con *El amor de la estanciera* y *Las bodas de Chivico y Pancha* el corpus inicial de la dramaturgia rioplatense escrita en la llamada lengua “gauchesca”, conjunto textual que por lo temprano de su ejecución participa indudablemente del nacimiento del género.

Nuestra curiosidad primera se cebó en una pregunta que en algún momento nos formuló Manuel Alvar (“¿Se habrá hablado alguna vez esa lengua gauchesca?”). Si la inmensa versación del recordado filólogo se

permitía aquella duda, bien podíamos nosotros intentar, así fuera con una aportación modesta, echar algo de luz.

Pero apenas comenzamos a disponer mentalmente las piezas para su análisis, la inquietud de Alvar se nos desdobló, porque se nos hizo evidente que debíamos atender a los dos polos referenciales de la expresión: a la existencia de una variedad lingüística gauchesca diferenciada, por un lado, y a la delimitación de sus usuarios, es decir del gaucho mismo, por el otro.

El espacio de que disponemos nos impide exponer el tema en sus prolijos detalles, lo que creemos haber hecho, no obstante, en algunos trabajos anteriores, por lo cual nos limitaremos a señalar apretadamente algunas de las consideraciones pertinentes desarrolladas en ellos (Moure, 2008a y b).

En lo que a la lengua se refiere, hemos puesto de relieve la ambigüedad terminológica que se advierte a la hora de nombrar la variedad lingüística reflejada por el género que nos ocupa: “lengua gauchesca”, “lengua o dialecto rural”, “habla rural”, “idioma de los gauchos”, “nivel lingüístico popular rural”, “estilo campestre”, “isofonía rústica rioplatense” ponen de manifiesto una alternancia denominativa, aparentemente sinonímica, pero que responde, de manera evidente, a un entrecruzamiento de criterios. Hemos insistido, por lo tanto en que, como sistema lingüístico, la denominada “lengua gauchesca” surgió como un producto artificial gestado por hablantes de la variedad autónoma (estándar y culta), que fue volcado en el canal escrito de esta última. Ese sistema tomó efectivamente sus elementos del habla real de los habitantes de un vasto territorio de llanura de límites difusos, y se constituyó como un dialecto secundario y heterónimo con respecto al estándar, y también virtual, en tanto resultó de un recorte consciente y selectivo de los rasgos lingüísticos –fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxicos– que en la percepción de los autores del género poseían un mayor poder caracterizador de la lengua de los personajes que se proponían reflejar. Y precisamente el carácter artificial del nuevo constructo se manifestó en un plano unidimensional, carente de las variaciones diatópicas o diastráticas propias de cualquier lengua, y adscrito a un registro social único (Moure, 2008b: 149).

Si nos parece preferible el empleo de la designación “lengua rural rioplatense” es porque entendemos que así evitamos la paradoja de un lenguaje literario “gauchesco”, que es anterior e independiente del gaucho

gestado por la literatura. Y si insistimos en ello es porque nos parece que no puede denominarse uniformemente “gauchesco” un corpus de creación extenso en el tiempo y de naturaleza más heterogénea que lo que el adjetivo parece denotar, puesto que se lo ve despegar con las manifestaciones compuestas en las dos décadas finales del siglo XVIII, atravesar todo el siglo XIX –con los referentes centrales de la obra de Bartolomé Hidalgo (1788-1822), Hilario Ascasubi (1807-1875), Estanislao del Campo (1834-1880) y Antonio D. Lussich (1848-1928)–, culminar cualitativamente con las dos partes del *Martín Fierro* (1872 y 1879) de José Hernández (1834-1886) y remontar el siglo XX a través de secuelas heterogéneas de la misma tradición, desde la difundida por los folletines hasta la nueva culminación cualitativa representada por *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes (1887-1927)¹. Y bajo un mismo marbete identificador es forzoso incluir todavía la paralela, variada y persistente difusión del género promovida después por el teatro, las recitaciones, las radionovelas, el cine o las historietas, y aun derivaciones paródicas como las entregas de *Inodoro Pereyra* de Roberto Fontanarrosa (1944-2007).

La fragilidad denotativa de la denominación se debe, a nuestro juicio, a la heterogeneidad conceptual de “gaucho” en la diacronía de la lengua. Desde su aparición, documentada en 1790, la palabra fue asimilando distintos referentes, desde su alusión a un tipo social de la llanura rioplatense, trashumante, potencialmente agresivo y delincuente, evaluado negativamente –a pesar de la benévola opinión en contrario de Berta Vidal de Battini (1979, Assadourian *et al.*, 1972: 349)–, para ampliarse después a la designación de todo campesino, habitante de la pampa primero (y de todo el país más tarde), con la que convivirá hasta la posterior conformación del personaje mítico que la tradición abrigó y que es el que concentró las notas positivas del imaginario que ha sobrevivido. No es entonces aventurado afirmar que no existe “un” gaucho sino más bien un complejo terminológico (cuyas lexías primeras fueron “gauderio” y “changador”, pero también “camilucho” y “guaso”) inclusivo de semas heterogéneos, inestables y contradictorios (delincuente, peón de estancia, “vago y mal entretenido”, miliciano patriota circunstancial, rebelde altivo y perseguido, guía espiritual) (Girona Fibla, 1996). Es por ello que una

¹ Cf. el “Portal de literatura gauchesca” de la Academia Argentina de Letras, en la página digital www.cervantesvirtual.com/portal/AAL/gauchesca/.

literatura que se designe “gauchesca” no puede eludir hacerse cargo al menos de la multivocidad de su referente básico.

Sería largo pasar revista en este momento a las ricas hipótesis formuladas para explicar el nacimiento de la gauchesca, desde las específicamente estéticas (la novedosa voluntad retórica que nace de la Ilustración, aunque oponiéndose a las formulaciones neoclásicas) (Barcia, 2001), hasta las de índole más específicamente histórica o sociológica. Pero sin ir más lejos, la heterogeneidad de la que queremos dar cuenta se advierte también si reparamos en que los personajes que se mueven en *El detall de la acción de Maipú* distan tanto de los nómades delincuentes de la primera evidencia histórica o de los paisanos ingenuos que traerá Estanislao del Campo, como de la figura solitaria del gaucho en conflicto y rebeldía contra un poder injusto que lo desplaza y acosa. Más a tono con la circunstancia histórica de su composición, campea en aquellos personajes del sainete el entusiasmo en defensa del suelo, que ya anticipaban Maciel y *El amor de la estanciera* contra la invasión portuguesa, o el celebratorio de la patria naciente de las primeras composiciones de Hidalgo. Más aún, *La acción de Maipú* se hermana con las otras obras teatrales iniciales, en tanto se asienta sobre un sereno fondo doméstico que en nada evoca al gaucho prototípico si no es en el aludido coraje de un personaje como el soldado Juan José, que narra el episodio bélico de Maipú –corazón de la obra–, pero interactuando dramáticamente con el resto de su familia (padre, madre y hermanos), con el alcalde y con los cantores que cierran la obra. En rigor, *La acción de Maipú* ilustra de manera implícita la existencia de una de las familias campesinas de pequeños productores, características de la economía del litoral y de la Banda Oriental en las últimas décadas de la Colonia, escenario bien delineado por la investigación histórica (Gelman, 1998: 79-83, Garavaglia, 2001:660-661).

Los párrafos anteriores procuran fundamentar nuestra convicción de que, aun con sus matices, existe una coherencia y continuidad claramente mayores en la variedad de habla adoptada por los creadores de la llamada literatura gauchesca que en los personajes que se expresaron en ella. Dicho de otra manera, la unidireccionalidad en la selección y en la progresiva incorporación de rasgos lingüísticos para la reproducción de la variedad que la tradición denominará lengua “gauchesca” es la que en verdad determina el parentesco entre el guaso de Maciel, el Pancho de

La acción de Maipú, Anastasio el Pollo y Martín Fierro, y se constituye en una evidencia más diáfana y uniforme que el presupuesto de una esencia unívocamente gauchesca de los cuatro.

Pero esa variedad que vino a interrumpir la hegemonía de la lengua literaria culta no se correspondía con una comunidad homogénea establecida largamente en una región sino que se produjo, como lo ha señalado Ángel Rama, en una zona lingüística débil y confusa, a mitad de camino entre un centro idiomático asentado en las aldeas-capitales (Buenos Aires y Montevideo) y un vasto y desmembrado anillo de lenguas indígenas o extranjeras (portugués) que fija la línea fronteriza. Esa variedad rural rioplatense fue incorporada y sometida a un proceso de elaboración por parte de escritores urbanizados, que no la poseían como propia, pero que la remedaron y la pusieron por escrito (Rama, 1987: 23-25). Y cuando decimos remedo, no lo hacemos peyorativa sino descriptivamente: no se trató de un falseamiento del dialecto rural rioplatense, sino de la construcción de una variedad artificial elaborada a partir de elementos selectivamente extraídos de aquél.

Ya nos hemos referido en otro lugar al origen de los elementos lingüísticos concretos de que se valieron los autores de esa literatura nueva para conformar la variedad en que querían expresarla (Moure, 2008b). Los contingentes colonizadores españoles estuvieron integrados por hablantes procedentes de distintas regiones de la Península, aunque con un predominio de las zonas meridionales y de las islas Canarias. Esa situación de multidialectalismo se resolvió en un proceso de *koineización*, fruto de dos recortes: el de una selección de los rasgos lingüísticos mayoritarios –los de referente meridional hispánico– y, privilegiadamente, de los más simples. Se generó así una variedad lingüística secundaria, que se extendió por el continente nuevo, pero que en su desarrollo histórico se vio después afectada por procesos de estandarización, es decir por las acciones de normalización llevadas a cabo desde las instituciones virreinales y cuya capacidad efectiva de retracción de rasgos vernacularizados y estigmatizados dependió de la mayor o menor marginalidad de los territorios implicados.² No debe olvidarse que el virreinato del Río

²Cf. Fontanella de Weinberg, 1987: 14-15; 1992: 42-54; De Grandá 1994: 13-48 y 49-92. El proceso de koineización propuesto por estos autores es impugnado por Rivarola, 2000.

de la Plata es posterior en casi dos siglos y medio a los prestigiosos de México y de Lima.

La variedad *koineizada* incluía rasgos fonético-fonológicos propios del componente meridional hispánico, no privativamente rurales ni necesariamente vulgares, como el seseo, la aspiración o la caída de /s/ en posición final de sílaba, la débil o inexistente articulación de la /d/ intervocálica, la articulación aspirada de lo que había sido la /f/ inicial latina; otros morfológicos como la simplificación del paradigma pronominal de la segunda persona del plural con extinción del *vosotros*, la coexistencia del voseo y el tuteo, que al momento de la Conquista se encontraban todavía en proceso de inestabilidad y competencia, etc. Lo mismo podría decirse del vocabulario, que al igual que los rasgos enumerados y muchos otros, se expandieron por toda la América temprana y fueron después diversamente evaluados –admitidos, tolerados o estigmatizados– por las sociedades en que se manifestaban. Su admisión o condena dependieron de la inevitable reestructuración sociolingüística practicada en cada región, y de acuerdo con condicionamientos socioeconómicos particulares derivados de su respectiva historia y de su proximidad o lejanía a los centros de prestigio (Moure, 2003).³

La llamada “lengua gauchesca” se alimentó de esa *koiné* nivelada que se demoró en la campaña.⁴ No obstante, calificarla como exclusivamente rural es también generalizador e impreciso, y sólo puede admitirse en un corte sincrónico y oponiéndolo a las variedades urbanas tal como se conformaron después del efecto ejercido por los sucesivos y heterogéneos contingentes españoles y por la presión estandarizadora a la que se hizo referencia. Por esa razón, Hidalgo pudo hablar de “idioma provincial que usan en la campaña nuestros paisanos” (2007: 208). Los imperfectos diptongados *léia*, *cáia* y *tráia*, que hoy nos apresuraríamos a calificar como ruralismos o gauchismos, estuvieron en boca de todas las

³ En el panorama de conformación de la cultura y de la lengua de la región rioplatense que hemos intentado trazar, no debe omitirse la importancia que debieron de tener las continuas migraciones internas de pobladores provenientes del noroeste, Cuyo y el Alto Litoral (con inclusión del Paraguay), proceso que se acentuó precisamente a fines del siglo XVIII, y que explica, por ejemplo, que en 1815, en Areco Arriba, la mitad de los cabeza de familia censados eran migrantes (Garavaglia, 2001: 656-657).

⁴ Para la caracterización lingüística que sigue, las referencias bibliográficas y la ejemplificación, vd. Moure, 2008b.

clases sociales de Buenos Aires hasta bien entrado el siglo XX (incluso en la de “los que se dedican a las letras” advertía Amado Alonso [1961: 353]). De España vinieron, para permanecer en la *koiné* americana pre-gauchesca, y cuando todavía no eran rusticismos, la inestabilidad de las vocales átonas (*comendante, mesmo, ducientos*)⁵, la simplificación de los grupos cultos (*indino*) practicada por Valdés y Garcilaso, la terminación *-/ao/* vastamente ilustrada en nuestras obras. Panhispánico es el refuerzo velar de la semiconsonante */w/* (*güelta, agüelo*), y por su extensión americana desde Nuevo México, con realización aspirada o velar secundaria, también hubo de pertenecer a la *koiné* la solución meridional de la */f/-* latina (*juimos, juerte, juera*). La forma verbal *baiga* ‘haya’ (*No me baiga traío el papel*) estaba en los clásicos y habría de extenderse por Puerto Rico, Venezuela y Panamá.

La procedencia hispánica de variados elementos de la lengua gauchesca, en tanto integrantes de la variedad nivelada americana inicial, se advierte también en formas léxicas retenidas como el perfecto *vide*, los antiguos deícticos *aquese, aquestos, aquestas*, la locución *no más* (*Apéese, nomás; Agora no mas me acuesto*) testimoniada desde Juan del Encina a Lope de Vega, o el rancio adverbio *agora*. El pluscuamperfecto de indicativo del verbo *ser* con valor de no evidencialidad (*Maldita sea la yegua / andariega y relajada / que había sido manera*), gauchesco para Tiscornia, parece en verdad ser característico del habla de todo el territorio sudamericano (Uruguay, Paraguay, Bolivia, Ecuador y Colombia).

Después de haber aclarado, o al menos movido las aguas en lo que a la relación entre literatura y lengua gauchescas concierne, entendemos de interés sumar unas pocas consideraciones más en torno a la asimetría de esa relación, o más precisamente, a la heterogeneidad formal, desde el punto de vista de la llamada lengua gauchesca, que presentan los productos iniciales del género, con lo que nos proponemos subrayar e ilustrar el carácter de artificio o de constructo de la variedad lingüística de que se revistieron.

- a) La inarmonía de los criterios a los que nos hemos referido impide que sea unánime la datación del origen cronológico de la gauchesca.

⁵Todos los ejemplos, salvo otra indicación, corresponden a *El amor de la estanciera* y a *El detall de la acción de Maipú*, en las ediciones que bajo estos títulos se incluyen en la Bibliografía.

Rodríguez Molas sostuvo, hace más de medio siglo, que el primer ciclo de la literatura gauchesca nace con los cielitos de la Independencia (1958: 5). En coincidencia, y con mayor precisión, Olga Fernández Latour señaló recientemente:

El poeta montevideano Bartolomé Hidalgo es el primer autor de obras literarias, explícitamente protagonizadas por gauchos que hablan “en su idioma”, por lo que han recibido y merecen el calificativo de “gauchescas”.

La “poesía gauchesca”, por obra de Hidalgo y en la voz de personajes gauchos “porteños”, nació en Buenos Aires, en 1818, con el primer Cielito del ciclo de Chano y Contreras” (Fernández Latour de Botas, en Hidalgo, 2007: 12; 2008; 173).

Pedro Luis Barcia había depositado en el poema “Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excelentísimo Señor Don Pedro de Cevallos”, compuesto hacia 1770 y atribuido a Juan Baltasar Maciel, el surgimiento de lo que denominó “sistema gauchesco”, que habría tenido “asomos” en el sainete *El amor de la estanciera*, de fines del siglo XVIII (Ordaz, 1957: 22-23) y que habría constituido, a contrapelo de la Ilustración de la que nació, “una tradición callada, silenciada u oculta, que se fue acusando” (Barcia, 2001: 42). El sintagma de gerundio nos interesa, porque subraya el carácter progresivo que el género manifestó. Rodríguez Molas, a quien venimos de citar, habiendo fijado, como señalamos, el comienzo de la literatura gauchesca en Hidalgo, tituló el trabajo en el que lo sostuvo, no sin un dejo de contradicción, “La primitiva poesía gauchesca anterior a Bartolomé Hidalgo” (Rodríguez Molas, 1958).

- b) Más allá de los reparos de Jorge Furt traídos a capítulo por Rodríguez Molas, en cuanto a la nula influencia que en Hidalgo habrían tenido las manifestaciones literarias previas (incluidos el poema atribuido a Maciel y *El amor de la estanciera*), parece evidente que es el novedoso y deliberado empleo de una variedad de lengua no estándar y de marcado sesgo oral y rural el que permite al conjunto de los críticos aplicarles el calificativo de “gauchesco” antes de que manifiestamente hayan conformado una tradición literaria perceptible.
- c) Es preciso insistir sobre la particular naturaleza de esta literatura –un hecho de escritura–, que fue elaborada con el propósito de reflejar un hecho esencialmente oral, compromiso estético que obligó a escritores cultos a rever y transformar el entramado sintáctico de su

modalidad escrita estándar para injerir de manera verosímil la dimensión pragmática propia de la prosodia y expresión de personas ajenas a los recursos y constricciones del canal escrito, lo que tuvo inevitables consecuencias en los planos fonológico, morfológico, sintáctico y léxico.⁶ Esta variedad escrita instaló su propia tradición, una progresiva estandarización, que habría de requerir el largo desenvolvimiento del género antes de alcanzar, con el *Fausto* de Estanislao del Campo (1866), cierta uniformidad (Alonso, 1961: 335-358; Carricaburo, 2004: 146-160). Y no es menos evidente que el obstáculo inicial con que hubieron de encontrarse quienes optaron por introducir esa variedad no estándar fue el que en la historia de las lenguas ha sido constante: el inevitable empleo, para la reproducción de la nueva realidad lingüística, del código ortográfico disponible, es decir el del español normativo, con el cual esa variedad “gauchesca” venía precisamente a contrastar. No es casual, sin embargo, y la evidencia viene una vez más en abono del origen culto de los creadores, que en la puesta por escrito de la lengua remedada, estos se atuvieron a un código de transcripción según el cual la representación gráfica sólo se alejaba de las estipulaciones académicas cuando debía marcarse la novedad fonética, es decir sólo cuando difería del registro culto no marcado de la variedad urbana de los creadores (Tiscornia, 1930: 1-2).⁷ Una reformulación grafemática integral, fiel a la fonética de la variedad que se quería reproducir, debería haber incluido también el seseo, el yeísmo, la aspiración de /s/ preconsonántica y su caída en posición final; el corpus de la gauchesca, sin embargo, no da cuenta de ello, sino esporádica y asistemáticamente. Los ejemplos de seseo presentes en *El amor de la estanciera* (*coses, pedasos, lasaso, cabe-sudo, corasón*) y en *El detall de la acción de Maipú* (*sinvergüensa, pescueso, sablasos, reboso, abrasando*, etc.) corresponden a deslices cacográficos, presentes incluso en las acotaciones (*pescosón, calsoncillos*), frente al resto de las formas, respetuosas de la normativa ortográfica.

- d) En la conformación inicial de la variedad lingüística gauchesca, se hace evidente un progreso, pero también una asimetría en cuanto

⁶Sobre este tema es de lectura imprescindible Carricaburo (2004).

⁷Cf. el “Estudio filológico preliminar” de Élica Lois, en Hernández (2001: 33-104).

a las zonas de la lengua alcanzados por el nuevo sistema. Y ya que aludimos a la génesis del código lingüístico del género, podríamos decir que en el principio fue el léxico. En el poema de Maciel⁸ es notorio su predominio (*aquestas, guaso, guaina, mandrias, jaques*), como lo es también en el fragmento que Rodríguez Molas toma del periódico *El Americano* de 1819, en el que un estanciero, en diálogo con una señora de la ciudad, emplea algunas lexías rurales (*querencia, facón, chancearse*) y una variante rural-vulgar de estirpe medieval (*escuras*) (Rodríguez Molas, 1958: 6-7). Pero, a decir verdad, no lo es menos en los 700 versos de los cielitos de Hidalgo cuya lengua Fernández Latour denomina “con isofonía rústica rioplatense” (Hidalgo, 2007: 185-208); en ellos, a la par de lo que llamaríamos una cadencia o prosodia que reconocemos propia, prima claramente la particularidad del vocabulario sobre escasas muestras de otros fenómenos (dos casos de acentuación del pronombre enclítico –*agarrrelá, apartesé* (Hidalgo, 2007: 192, vv. 12 y 63) –, algún diminutivo de adverbio –*lueguito* (v. 60) –, un *bien ayga* por “bien haya” (v. 41) o un *comendantes* (v. 52), que por su extensión americana sospechamos no marcado (cf. Cuervo, 1939: 688). En soledad, y a diferencia de la modalidad lingüística gauchesca adoptada por la dramaturgia o por la obra poética de Hidalgo, el poema inaugural de Maciel daba cuenta de la aspiración de –/s/ en posición final apelando a un procedimiento inédito, como es el sustituir la “h” muda de las palabras siguientes con la grafía “g” (“las gazañas”, “mis germanos”, “las germanas de Apolo”).

Paralelamente, fenómenos manifiestos en uno u otro sainete (o en ambos), en el lapso que media entre 1770 y 1818, como, entre otros, la caída de /d/ intervocálica o final en palabras oxítonas (*caminao, relatao, manaa, toos, bijo ‘e perra /; usté, mercé, salú*, etc.), la semiconsonante velar como refuerzo de bilabial inicial (*agüela, Güenos Ayres*), la diptongación antihiática (*asiada / traime, creia*), formas analógicas del imperfecto de indicativo (*traiban, caiban*), la vocalización de la velar en grupo culto (*direytor*) y la velarización de la –/f/ inicial (*juimos, juerte*), no se

⁸ Hemos considerado el texto del poema según lo reproducen Barcia 2001 y el Proyecto Biblioteca Digital Argentina (www.biblioteca.clarin.com/pbda/gauchesca/guaso/guaso.html).

advierten en la obra de Hidalgo, contemporánea de *El detall*. Y rasgos como la deleción de /b/ intervocálica en *caallo* (empleados en ambos sainetes) no sobrevivirán en la gauchesca posterior (Tiscornia, 1930: 69). La naturaleza experimental del nuevo código se advierte también en las inconsecuencias: en *El amor*, *toos* puede alternar con *todos*, *salú* con *voluntad*, el *caminao* de un verso con el *cansado* del siguiente, porque lo requiere el metro; en *El detall*, *linea* se “agaucha” en *linia* para ahorrar una sílaba, y *mesmo* y *mesmito* conviven inadvertidamente con *mismo*. Mientras que el diálogo de *El Americano* incluía la forma *escuras*, el gaucho Ramón Contreras de Hidalgo prefiere la cultísima *obscuras*.⁹

La “lengua gauchesca” nació escrita. Detrás y debajo de ella estaba la heterogénea variedad rural de la llanura rioplatense efectivamente hablada, a partir de la cual los autores sintetizaron un nuevo código, que desde inserciones léxicas tempranas fue incorporando, no siempre acertadamente, el conjunto de rasgos orales caracterizadores, que después, muy probablemente a través de la publicación, la recitación pública y la representación escénica, se unificaron en la variedad secundaria estándar que hoy reconocemos, oímos y leemos en la tradición consolidada.

Bibliografía

- ALONSO, AMADO, 1961. “Gramática y estilo folklóricos en la poesía gauchesca”, en *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid: Gredos, 335-358.
- ASSADOURIAN, CARLOS S., GUILLERMO BEATO y JOSÉ C. CHIARAMONTE, 1972. *Argentina. De la conquista a la independencia*, Buenos Aires: Paidós (Colección Historia Argentina. Dirigida por Tulio Halperin Donghi).
- BARCIA, PEDRO LUIS, 2001. “Juan Baltasar Maciel y el conflicto de dos sistemas literarios”, *Humanidades*, 1: 1,41-60.
- CARRICABURO, NORMA, 2004. *La literatura gauchesca: una poética de la voz*, Buenos Aires: Dunken.
- CUERVO, RUFINO JOSÉ, 1939. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*.

⁹ Cielito del gaucho Ramón Contreras “al triunfo de Lima y el Callao” (Hidalgo, 2007: 197, v. 88).

- Séptima edición, muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida, Bogotá: El Gráfico.
- El amor de la estanciera*, 1979, en *El teatro argentino. 1. Desde los orígenes hasta Caseros*. Selección, prólogo y notas de Luis Ordaz, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 7-31.
- El detall de la acción de Maipú*, 1925, en *Orígenes del teatro nacional*, 21-55.
- FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, OLGA, 2008. “Las primeras prosas gauchescas”, en *La lengua española: sus variantes en la región. Primeras Jornadas Académicas Hispanorrioplatenses sobre la Lengua Española*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 171-182.
- FONTANELLA DE WEINBERG, MARÍA BEATRIZ, 1986. “La ‘lengua gauchesca’ a la luz de recientes estudios de lingüística histórica”, *Filología*, 20: 1, 7-23.
- , 1987. *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística (1580-1980)*, Buenos Aires: Hachette.
- , 1992. “Historia del español de la Argentina”, en *Historia y presente del español de América*, César Fernández Alonso (coord.), Valladolid: Junta de Castilla y León/ Pabecal, 357-381.
- GARAVAGLIA, JUAN CARLOS, 2001. “El *Martín Fierro* y la vida rural en la campaña de Buenos Aires”, en Hernández, José, *Martín Fierro. Edición crítica*. Élica Lois y Ángel Núñez (coord.), Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; São Paulo; Lima; Guatemala; San José; Caracas: ALLCA XX, (Colección Archivos), 654-690.
- GELMAN, JORGE, 1998. “El mundo rural en transición”, en *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Noemí Goldman (dir.), Buenos Aires: Sudamericana.
- GIRONA FIBLA, NURIA, 1996. “El gaucho: historia de palabras, historia de textos”, en *Actas del I Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España (Noviembre de 1994 – Febrero de 1995)*, María Teresa Echenique *et al.* (eds.), Valencia: Facultad de Filología, Universitat de València, 87-92.
- GRANDA, GERMÁN DE, 1994. “Sobre la etapa inicial en la formación del español de América” y “Formación y evolución del español de América. Época colonial”, *Español de América, español de África y hablas criollas hispánicas*, Madrid: Gredos.
- HERNÁNDEZ, JOSÉ, 2001. *Martín Fierro. Edición crítica*, Élica Lois y Ángel Núñez (coord.), 1ra. edición, Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa;

- París; México; Buenos Aires; São Paulo; Lima; Guatemala; San José; Caracas: (ALLCA XX).
- HIDALGO, B., *et al*, 1987. *Poesía gauchesca*, prólogo de Ángel Rama; selección, notas y cronología de Jorge B. Rivera, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- HIDALGO, BARTOLOMÉ, 2007. *Obra completa: un patriota de las dos Bandas / Bartolomé Hidalgo*; edición crítica de Olga Fernández Latour de Botas, Buenos Aires: Stockcero.
- Las bodas de Chivico y Pancha. Sainete*, 1925. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad; Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Sección Documentos, tomo IV, N° 2.
- MOURE, JOSÉ LUIS, 2003. “La romanización y el español de América. Consideraciones nuevas sobre un viejo modelo”, en *Koronís. Homenaje a Carlos Ronchi March*, Pablo Cavallero *et al.* (eds.), Buenos Aires: Instituto de Filología Clásica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 343-358.
- , 2008a. “Sayagués y lengua gauchesca: paralelismos y divergencias en la construcción de un lenguaje especial”, *Novenas Jornadas Medievales de Literatura Española Medieval y de Homenaje al Quinto Centenario de Amadís de Gaula*, Pontificia Universidad Católica Argentina “Santa María de los Buenos Aires”. (En prensa).
- , 2008b. “Hacia una delimitación del concepto de lengua gauchesca”, en Academia Argentina de Letras, *La lengua española: sus variantes en la región. Primeras Jornadas Académicas Hispanorrioplatenses sobre la Lengua Española*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 147-156.
- , 2010. *El detall de la acción de Maipú*. Edición crítica, introducción y notas de [...], Buenos Aires: Biblioteca Nacional. (En prensa).
- ORDAZ, LUIS, 1957. *El teatro en el Río de la Plata; desde sus orígenes hasta nuestros días*, 2da. ed., Buenos Aires: Leviatán.
- Orígenes del teatro nacional*, 1925, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, Sección Documentos; Coni.
- PENNY, RALPH, 2004. “Evolución lingüística en la Baja Edad Media: evoluciones en el plano fonético”, en *Historia de la lengua española*, Rafael Cano (coord.), Barcelona: Ariel, 597-598.

- RAMA, ÁNGEL, 1987. “El sistema literario de la poesía gauchesca”, en Hidalgo, B., L. Pérez, M. de Araúcho, H. Ascasubi, E. del Campo y J. Hernández, *Poesía gauchesca*. Prólogo de [...]. Selección, Notas y Cronología de Jorge B. Rivera, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 9-53.
- RIVAROLA, JOSÉ LUIS, 2000. “La base lingüística del español de América. ¿Existió una koiné primitiva?”, *El español de América en su historia*, Valladolid: Universidad, 85-105.
- RODRÍGUEZ MOLAS, RICARDO, 1958. *La primitiva poesía gauchesca anterior a Bartolomé Hidalgo*, Buenos Aires: [s. ed.].
- TISCORNIA, ELEUTERIO F, 1930. *La lengua de Martín Fierro*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- VIDAL DE BATTINI, BERTA ELENA, 1979. “Gauderio, gaucho, camilucho. Nombres de nuestro campesino”, *La Nación*, 4 de noviembre de 1979.